

# Nostalgia de la estación de Villafranca

Antonio Pereira

Parecerá mentira pero cuando en España no había economistas para planificar la economía ni ordenadores para ordenarla, las cabezas funcionaban con mejor lógica. A nadie se le ocurría que la estación del ferrocarril ¡de Villafranca del Bierzo! se dedicara al tráfico del petróleo. De aquí salían castañas y nueces, las cerezas y frutas frescas y los grandes fudres de vino, la madera de los bosques. De llegada se recibían mil artículos: garrafones de Vimbodí, cestos de Aldeanueva del Camino para la vendimia, las herramientas, las guitarras y bandurrias, las cosas de comer y vestir y calzar, los periódicos y el correo. La estación no inquietaba al vecindario con ningún riesgo añadido y daba bastantes empleos (no como eso del combustible que ahora querían traernos): un jefe, por supuesto; los maquinistas y fogoneros, los mozos de estación, los factores...

El jefe era una autoridad importante. A un jefe de la estación de Villafranca le salió un hijo aplicado que llegaría en Falange a jerarca nacional, David Jato Miranda. Los maquinistas ascendían y se marchaban a vivir a Monforte, pero venían otros y acaso traían hijas, caras nuevas. El de alimentar la caldera de la máquina es oficio que da mucha sed, de la que no se quita con agua del pozo, lo sé porque mi primer amor fue la niña de un fogonero. Y los factores. El factor de Pequeña Velocidad mandaba en el almacén más capaz, un poco apartado. El de Gran Velocidad despachaba la paquetería y los encargos familiares urgentes, por esto estaba más a mano del público. A mí me mandaba mi padre a la estación y tenía que ver al factor de Grande, siempre iba con mucho azoramiento, a mirar si habían llegado las guadañas para la feria que teníamos encima. Recados así.

El factor de Grande metía mucho respeto a un rapaz de los años cuarenta. A ver cómo le preguntaba uno si se abrirían pronto las facturaciones (que a veces se cerraban sabe Dios cuánto tiempo, por falta de material rodante). O en estando abiertas, sobre lo que podía tardar en llegar a Lugo un somier para una paisana que iba a los baños del reuma. El cuerpo se te encogía. "Es un hombre muy recto" me dijeron los carreteros, que conocían bien el paño.

Un consignatario fue a hacer un deje de cuenta. La ley -en teoría, al menos- obligaba a la compañía a cumplir unos plazos para el transporte, y había (raramente) algún listo con capacidad para ese cálculo, nada fácil porque dependía de los kilómetros, de los trasbordos, de la tarifa solicitada. A la Compañía no debía gustarle

nada una reclamación que a mí mismo me parecía cruel. Yo no hubiera querido que mi padre me mandara con una comisión así, tener que decírselo al factor. Pero también había sus momentos buenos. Llegó una moza de circundo de Villafranca con un saco de castañas para regalo familiar. Tenía que cubrir la declaración y no sabía qué poner como clase de mercancía. Uno de los habituales, quizá un carretero, de los que hacían la pelota, salió de consejero:

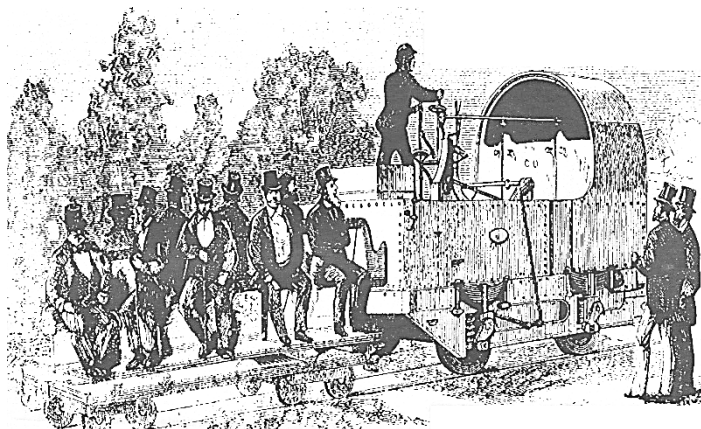
-¡Qué coño vas a poner! ¡Castaña fresca! O mejor, pon castaña peluda.

-La de esa clase es más sabrosa, pero tú igual no atinabas a romperle el erizo – la remitente no se cortaba, era de las ariscas de Pereje.

En la estación había ir y venir de mercancías. Pero también de pasajeros. Los cortos y los largos viajes empezaban en el pequeño tres.

Dieciocho kilómetros diarios, / nueve y nueve contándole ida y vuelta, / para enlazar a tiempo con los grandes / expresos que conceden un minuto, lo cantó un poeta que por ahí anda veterano y que Dios nos lo conserve.

El factor o el jefe de estación, según cuadrara, atendían a la taquilla de los billetes. Eran aquellos billetes de cartón duro (marrones los de tercera, verdes los de segunda, de primera tardé tiempo en verlos), y en un armarito estaban, clasificados, los cartones para diversos destinos, los más previsibles. Se acercó a la ventanilla un viajero (lo cuenta Marqués, de cuando iba a su laboratorio en Cementos Cosmos) y el viajero pidió un tercera para Los Peares. De Los Peares nunca hubo cartón, con que a extender un papel prolijo, con lápiz de tinta y papel calcante, que los dedos se te ponían perdidos. El funcionario del ferrocarril murmuró y luego recriminó al viajero por aquel destino absurdo:



- Los Peares, Los Peares. ¡Pero qué se le habrá perdido a usted en Los Peares! Tome un billete para Toral y allí se lo arreglan.

El factor de Grande, y el de Pequeña, y todos aquellos señores de la estación eran unos convecinos estupendos, y ya quisiéramos seguir teniéndolos entre nosotros, en aquella estación que nunca tuvo cantina y sí un pozo de agua fresca en la huerta sombreada de parras.